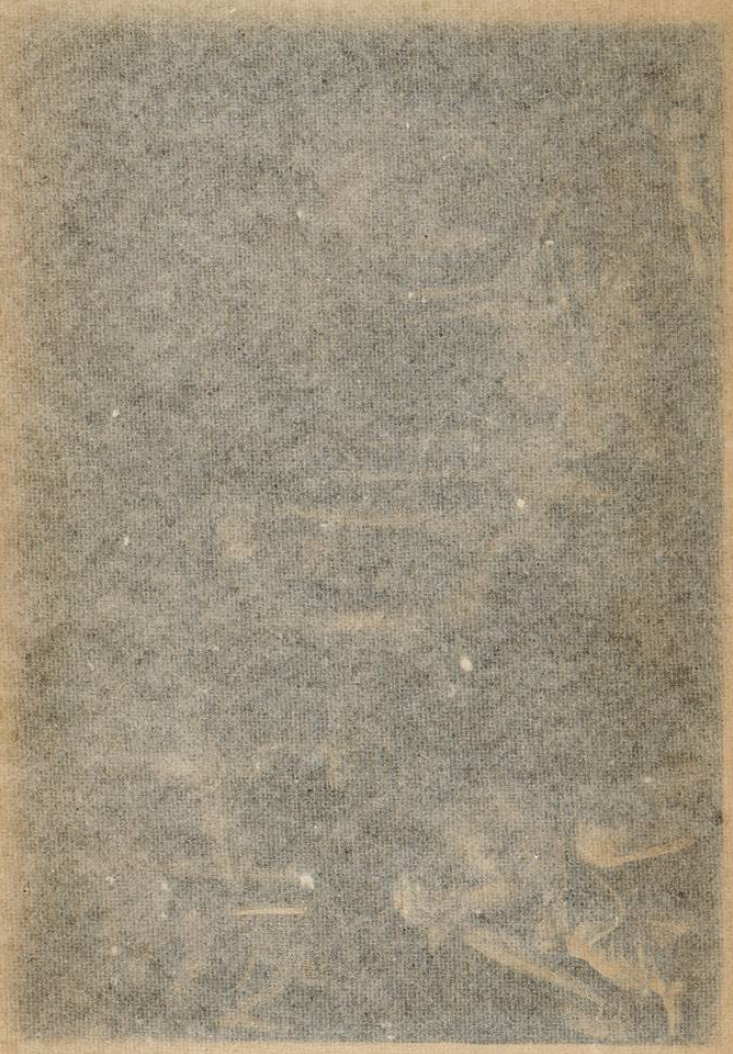

ALEJANDRO, FUNDADOR DE LOS ASCEMETAS ¹.

La orden de los Ascemetas fué en su tiempo uno de los más grandes ornamentos del Oriente, tanto por la santidad de su instituto y de los que lo profesaban, como por haber florecido en él las ciencias, por cuyo motivo fué de grandísima utilidad para la Iglesia contra la impiedad de los herejes. Llamáronse estos monjes Ascemetas, es decir, que no dormían á causa de la continua salmodia, tanto de dia como de noche, que era su principal observancia.

El respetable Alejandro, que la estableció, tuvo que sufrir grandes contradicciones. Fué educado en una isla del mar Egeo, hoy el Archipiélago, lo que hace presumir que era del Asia Menor, y su nacimiento se pone bajo el reinado del emperador Constancio. Su familia era muy ilustre y antigua en el país. Fué enviado á Constantinopla para que aprendiese las letras humanas, y despues tuvo un empleo entre los oficiales de la prefectura, el cual ejerció también bajo Teodosio el Grande.

Sus ocupaciones seculares no le impidieron aplicarse á la meditación de las verdades contenidas en los Libros santos, de los cuales hacía un estudio particular. Movidó de estas palabras de Jesucristo en el santo Evangelio : *Si quieres ser perfecto, vé, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo*, quiso practicar á la letra este consejo : se desprendió de su cargo y de su patrimonio, que era muy considerable, distribuyéndolo á los

¹ Los Bolandistas, Bulteau.



Alejandro, fundador de los Ascemetas.
 Alejandro, fundador de los Ascemetas.

ALEJANDRO, FUNDADOR DE LOS ASCEMETAS.

La orden de los Ascemetas fué en su tiempo uno de los más grandes ornamentos del Oriente, tanto por la santidad de su instituto y de los que lo profesaban, como por haber florecido en él las ciencias, por cuyo motivo fué de grandísima utilidad para la Iglesia contra la multitud de los herejes. Llamáronse estos monjes Ascemetas, es decir, que no dormían á causa de la continua oración, tanto de día como de noche, que era su principal observancia.

El venerable Alejandro, que se celebró, vivió dos siglos grandes oraciones. Fue el primero de una familia del mar Egeo, hoy el Archipelago de los Ilesas, que era del Asia Menor, y su nacimiento se cuenta bajo el reinado del emperador Constancio. Su familia era noble y antigua en el país. Fué enviado á Constantinopla para que aprendiese las letras humanas, y despues tuvo un empleo entre los oficiales de la prefectura, el cual ejerció también bajo Teodosio el Grande.

Sus ocupaciones seculares no le impidieron aplicarse á la meditacion de las verdades contenidas en los Libros santos, de los cuales hacia un estudio particular. Movidó de estas palabras de Jesucristo en el santo Evangelio: *Si quieres ser perfecto, sé, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo*, quiso practicar á la letra este consejo: se desprendió de su cargo y de su patrimonio, que era muy considerable, distribuyéndolo á los

* Los Blandistas, Bullero.

Tome 6



Gravé d'après

l'original de M. de la Harpe.

Alexandre, fondateur des Ascètes.
Alejandro fundador de los Ascemitas.

pobres, y se retiró á un monasterio de Siria gobernado por un piadoso abad llamado Elías, para vivir bajo su dirección en la soledad y en la penitencia. Al cabo de cuatro años, el deseo de más grande perfección le llevó á un desierto, al lado del Eúfrates, en donde pasó siete años para afirmarse más y más en la austeridad de la penitencia, en la contemplación de las cosas divinas, en la fé y en la caridad.

Despues de este tiempo se sintió movido á predicar el Evangelio á los idólatras, para no ser en la Iglesia del número de los siervos inútiles, y habiendo ido á la extremidad de la Siria y de la Mesopotamia, supo que había una ciudad cuyos habitantes se hallaban enteramente entregados á las supersticiones del paganismo, celebrando con grande aparato sus fiestas profanas, y cometiendo todos los crímenes que su infame religión autorizaba. Apresuróse, pues, á trasladarse á ella, y habiendo entrado en su templo, hizo con sus oraciones que descendiera fuego del cielo para reducirlo á cenizas. Esto fué muy suficiente para excitar el furor de los paganos, que en tropel corrieron á prenderle y matarle; pero Dios puso en su boca palabras que los dulcificaron y aplacaron.

Rabulo, gobernador de la ciudad, hombre rico y elocuente, pero muy adicto á la idolatría, los congregó y les expuso que no había ningún motivo para abandonar el culto de los dioses de su patria y seguir la religión de los cristianos: que habían sido demasiado cobardes dejándose fácilmente apaciguar, despues de haberse hecho una injuria tan grande á su religión, y por lo tanto, que quería vengarla por sí mismo, y demostrar que Alejandro era un mago é impostor. Fué, pues, á buscarle, y le dijo: «¿Eres tú el que ha destruido el templo de nuestros dioses, y quieres hacernos culpables de tu sacrilegio? ¿Qué esperanzas pueden tener los cristianos para exponerse á peligros en empresas tan temerarias?»

« Os demostraremos, contestó Alejandro con intrepidez, la verdad de nuestra fé por medio de las obras, y comprendereis que no es vana la esperanza que, despues de la muerte, tenemos de una gloria inmortal. » En seguida le expuso en un discurso lleno de fortaleza y de unción la verdad de la fé confirmada con grandes prodigios, y tomando sus pruebas desde el principio del mundo, y refiriéndole el milagro realizado por Elías que hizo descender fuego del cielo. Se burló Rabulo de él, diciendo que querría ver otro semejante. El Santo lo alcanzó de Dios en aquel mismo momento, lo que le confundió y le convirtió al mismo tiempo, siendo seguido su ejemplo por su familia. No se contentó con recibir el bautismo, sino que, despues de hacer dimisión de su cargo y de renunciar sus rentas en favor de su mujer y de sus hijos, dió libertad á sus esclavos, remunerándolos con largueza, y se retiró al desierto, para no entregarse más que á la oración y á la contemplación de las cosas celestiales, y abrazó la pobreza evangélica. Despues fué elevado á la cátedra de Edesa.

Despues que Alejandro hubo hecho estas conquistas para Jesucristo, pensó de nuevo en los medios de procurar su gloria; pero al mismo tiempo el pueblo á quien había convertido quiso tenerle por obispo, así como le había tenido por catequista. Repugnaba semejante cargo á su humildad, y determinó huir; pero se habían puesto centinelas en las puertas de la ciudad para impedirlo, y no pudo escapar, sino como san Pablo lo hizo en Damasco, procurando que sus discípulos le descolgasen desde los muros, durante la noche, en una espuerta.

Una vez escapado, se dirigió al desierto, pero despues de dos dias de camino cayó en poder de una partida de bandoleros, compuesta de treinta hombres. Lleno de confianza en la protección divina, y sin ocuparse de su propia vida, que se hallaba en tan grande peligro, no

pensó más que en ganarlos para Jesucristo. Sus oraciones fueron oidas, pues habiendo sido conducido por uno de estos facinerosos á su jefe, Alejandro no le habló más que de la fé, y de tal manera le conmovió, que de un pagano hizo un cristiano, y de un malvado un perfecto penitente. Le dió el santo bautismo, y despues le dijo: « ¿ No habeis pedido nada á Dios, miéntras recibiais el sacramento de la regeneración? — Perdonadme, le respondió el neófito, he pedido al Señor que muy pronto me saque de este mundo. » — Su oración fué oida efectivamente: pues pasó una semana entera derramando lágrimas que le arrancaba de lo íntimo de su corazón el arrepentimiento, y al dia octavo entregó su alma en manos del Señor.

Una muerte tan preciosa, en que no podía desconocerse la misericordia del Señor, llenó de admiración á sus compañeros de pillaje, los cuales rogaron á Alejandro que los bautizase, y despues de haber recibido este sacramento, fueron penetrados de una fé tan viva y de un deseo tan ardiente de su salvación, que convirtieron el lugar de sus proezas en un monasterio, y tardaron poco tiempo en hacer extraordinarios progresos en la práctica de las virtudes monásticas. Viéndoles Alejandro tan afianzados en la fé y en la virtud, creyó que podían pasar sin su presencia; les dió un superior para que los gobernase: les prescribió las reglas que habian de seguir, los confirmó en su buena voluntad con una fervorosa exhortación sobre la perseverancia, y rogó al Señor que los protegiese.

Partió, pues, penetrado su corazón de un santo gozo por haberlos ganado al Señor, y al cabo de dos dias llegó al Eúfrates, que atravesó para detenerse á la orilla opuesta, en donde pasaba los dias en oración, en las alturas de las montañas, y las noches en un gran tonel que le proporcionó la divina Providencia, y que le servía de

retiro. En el espacio de veinte años, durante los cuales vivió en este desierto, se le unieron cuatrocientos monjes de cuatro lenguas diferentes: á saber, latinos, griegos, sirios y egipcios, que dividió en veinticuatro coros, para que se relevasen sucesivamente en la continua recitación del oficio divino: pues era su intención, que así como los ángeles alaban continuamente á Dios en el cielo, les imitasen, en cuanto es posible, sus discípulos en la tierra.

Quiso también que practicasen una pobreza sumamente estrecha: que no tuviesen más que una sola túnica: que confiasen más en la divina Providencia que en su industria, no proveyéndose más que de los alimentos necesarios para el día, y distribuyendo los sobrantes entre los pobres. Cuando hubo establecido sobre sólidas bases la observancia de esta regla, que pudiera llamarse angélica, por el fin que se proponía y por el orden que se guardaba, escogió, para imitar á Jesucristo, setenta discípulos llenos de fé y de amor divino, y los envió á diferentes lugares, para que convirtiesen á los idólatras. Tomó también otros ciento cincuenta, para que le siguiesen al desierto, con la esperanza de encontrar paganos á quienes llevar á la fé, y dejó á los demás en el monasterio bajo la dirección del venerable Trofimo, á quien dió instrucciones para el buen gobierno.

La soledad á que se retiró por el lado de la Persia era muy estéril. Sus religiosos no encontraban más que frutos y yerbas silvestres, lo cual fué para ellos un motivo de tentación. Treinta le dijeron, como en otro tiempo los israelitas á Moisés, que les había llevado al desierto para que perecieran de hambre, y pensaron regresar al monasterio. Alejandro, con la luz especial con que Dios le había ilustrado, penetró sus corazones, y despues de reprenderles su falta de confianza en Dios, hizo que regresasen al claústro, diciéndoles que en aquel mismo día se convence-

rían de que Dios no abandona á los que viven en el desierto.

En efecto, á medida que se retiraban, fueron testigos de que los tribunos y soldados romanos que guardaban las fronteras del imperio, llevaron á Alejandro y á los que habían permanecido en el desierto provisiones en grande abundancia: lo cual les conmovió de tal manera, que algunos, viendo como se cumplían sus predicciones, se prostraron en tierra, arrepentidos de su desconfianza, dejando que los otros regresasen al monasterio. Los que habían quedado al lado de Alejandro no quisieron dejar el desierto, y se retiraron más al interior, en donde perseveraron hasta la muerte.

Los romanos que le habían llevado víveres le invitaron á que viniese á sus moradas, para que orase por ellos, y los bendijese. Hízolo así, y su visita produjo grandes frutos de salvación. La misma confianza que tenían en él hizo que los que tenían entablados litigios, quemasen sus papeles, y lo constituyeron en árbitro de sus diferencias.

Dios castigó con una sequedad de tres años las tierras de una de estas aldeas, que no había querido aprovecharse de sus consejos, y que no cesó hasta que sus habitantes acudieron á él para que alcanzase del cielo el beneficio de la lluvia. Recorrió los desiertos de Mesopotamia, sin dejar de cantar con sus discípulos las alabanzas divinas, como se hacía en el monasterio, y llegó á Palmira, cuyos habitantes, aunque cristianos en apariencia, eran judíos por su avaricia, y le cerraron las puertas, dando por razón que un número tan considerable de monjes no podía ser sostenido por el pueblo. Alejandro, lejos de aflijirse, dió gracias al Señor, diciendo con el Profeta: *Mejor es poner la confianza en Dios que en los hombres.* No os aflijais, pues, hermanos míos, el Señor vendrá en nuestro auxilio mucho ántes de lo que vosotros creéis. » En efecto, los